





En el estadio de San Pablo de Fuorigrotta, en Nápoles, durante el encuentro entre el equipo titular y el de Módena, cincuenta apasionados hinchas salvaron el foso que rodea el terreno de juego a través de improvisados «puentes levadizos», devastándolo totalmente. La policía tuvo que realizar una espectacular entrada en «jeeps». La represión por parte de los agentes fue dura, pero ya quedaba poco por salvar. Hubo que hospitalizar a decenas de heridos a consecuencia de la «deportiva» reyerta.

## CUANDO EL FUTBOL SE CONVIERTE EN MASACRE

**I**TALIA acaba de proporcionarnos dos ejemplos de opuesto signo. El primero constituye una lección de civismo, de convivencia, de comportamiento: las elecciones generales. Como es sabido, se han desarrollado dentro de una calma sin precedentes, que no debemos atribuir a la apatía, como lo prueba la «discusión» pre-electoral y la arrolladora afluencia de votantes a las urnas. El segundo ejemplo es contrario: la pasión «calcística» se ha desbocado en dos estadios deportivos, de Nápoles y Salerno, respectivamente. Resultado: un muerto y decenas —casi un centenar— de heridos. El fútbol, la otra cara de la medalla italiana de un domingo histórico, se ha derrumbado sobre el otro platillo de la balanza nacional, rompiendo su equilibrio con estridencia ante los asombrados ojos de todo el mundo.

¿Cómo podríamos explicarnos tan contradictorio fenómeno sin incurrir en el falseamiento a que aboca el fácil uso del tópico? La violencia, como expresión de la pasión futbolística desenfrenada, no es privativa de nadie. Descartada, pues, la culpabilidad achacable al temperamento latino. La mala hierba del gamberrismo crece en todos los meridianos raciales. Pero, ¿por qué ha brotado con tanta virulencia en Italia, y precisamente el día en que quedaba, en la vertiente política, contrastado su autodomínio, su

madurez civil? ¿Representará, acaso, un residuo de épocas ya vencidas, esforzándose en pervivir por medio de un repentino aleteo de furor?

Como no conocemos la respuesta, limitémonos a reflejar escuetamente el hecho. Mientras el Inter se proclamaba campeón, en Nápoles y en Salerno los encuentros enriquecían la «crónica negra»: vándalos de corbata arrasaban los dos estadios, tras haber improvisado «puentes levadizos» sobre el foso que separa las gradas del terreno de juego en previsión —inútil esta vez— de desbordamientos pasionales. En Nápoles, una cincuentena de irresponsables destruía las porterías y los anuncios publicitarios, mientras la fuerza pública protegía al atemorizado juez del partido y trataba de salvar del desastre lo que aún quedaba en pie. En el campo salernitano, aun cuando la policía pudo defender la «cancha» no fue capaz de evitar el alboroto de las gradas, que acabó traduciéndose en campaña abierta: un espectador resultó muerto y varias decenas heridos, algunos de ellos de carácter grave.

Paz y tranquilidad en las urnas; un muerto y muchos heridos en los estadios.

(Fotos TORREMOCHA)